

# EL EVANGELISTA

“YO HE SIDO PUESTO PARA LA DEFENSA DEL EVANGELIO”.—Filipenses 1:17.

AÑO XI.—NUM. 17.

SAN JUAN, PUERTO RICO.

ENERO 1 DE 1913.

Entered at second class matter Mayo 5 de 1909, at the Post Office San Juan, Puerto Rico.



Rev. M. E. Martínez

ce con el apóstol Pablo: «El nos libró, y libra de tanta muerte; en el cual esperamos que aún nos libraré.»

Las aflicciones de la vida son para enseñarnos esta lección y para tenernos siempre pendientes de Dios. Pablo sufría de una enfermedad intermitente que parecía embargar su trabajo, y tres veces solicitó al Señor que se le quitase. Creyó que sería mucho mejor para él tener la salud asegurada y no estar sujeto a los ataques de su enfermedad. Mas el Señor le contestó: «Bástate mi gracia.» Y en lugar de quitarsela, el Señor le dejó con ella para que siempre tuviese ocasión de probar la gracia divina. Este es el método de Dios en la disciplina de sus hijos. Cristo al dar de comer a los cinco mil no preparó de artemano un gran montón de pan que los discípulos pudieran repartir a la gente, sino se lo repartió a ellos poco a poco, y ellos lo repartieron a la multitud, fila por fila, hasta que todos quedaron hartos.

Nos vemos hoy en la presencia de una multitud necesitada del pan de la vida. Dos o tres veces por semana el pastor tiene que darles un mensaje nuevo y fresco. ¿De dónde sacará tantos sermones? ¿De dónde tendrá pan para la multitud? Algunos ignorantemente creen que después de cursar ciertos estudios en un instituto teológico estarán provistos de materiales sermónicos para todos los años venideros más pronto se desengañan. La preparación escolar es buena, pero no prescinde de la necesidad [del contacto diario con Dios por medio de la oración y el estudio Bíblico.

Quisieramos estar provistos de un manual apologético que haga caliar para siempre los ataques de los enemigos de la Biblia, y en cada siglo Dios ha levantado a defensores notables como Butler, Paley y Bettex y muchos otros. Pero su obra no satisface sino las necesida-

des de su época. Dios está diciéndonos siempre: Bástate mi gracia, y para cada generación el preparará nuevas armas. Es mejor que sea así. En la edad media la iglesia se sentía tan fuerte y orgullosa que rehusaba argumentar con los herejes. No razonaba sino condenaba. En lugar de acudir humildemente a Dios por luz para satisfacer sus dudas, lanzaba contra ellos los rayos de su ira. No podemos escapar de nuestra responsabilidad de esta manera, diciendo que los dogmas están formulados para siempre, y que el hombre tiene que aceptarlos así como están, o morir en la hoguera. Estamos en el deber de buscar pan apropiado para cada nueva generación. Dijo el pastor Juan Robinson al despedirse de los Peregrinos que iban en el Mayflower para fundar la nueva republica Americana: «Estoy persuadido que más luz aún brotará de este Libro.» Pues la Biblia no es cisterna, sino fuente.

*C. S. Detweiler.*

---

## El Cine y los Niños

---

Plausible, mil veces pausable ha sido la reciente vigorosa campaña que, desde las columnas de «El Tiempo,» han hecho los señores Manuel L. Aguilera y Ramón Negrón Flores, secundados oportunamente por varios padres de familia, obteniendo como primer fruto de tan necesitada siembra de razonables ideas y de humanitarios sentimientos la declaración siguiente: «El señor José Fernández, administrador del Hipódromo de San Juan, nos comunica dice «El Tiempo,» número 287—que ha dado órdenes para que en dicho hipódromo no se admita la jugada de niños.»

Si era necesario, urgentísimo emprender una tenaz y valiente campaña en contra de las inmoralidades del hipó-

dromo de San Juan, porque éste corrompía a los niños de la capital de la isla, yo creo que más necesario aun es iniciar y proseguir otra más tenaz y más vigorosa en contra de las manifestaciones inmoralidades de las películas cinematográficas, pues la exhibición de éstas corrompe a los niños de la isla toda, desde San Juan en el norte hasta Ponce en el sur, desde Humacae en el oriente hasta Mayagüez en el occidente. No es un peligro local, sino un peligro general. Afecta a toda la niñez portorriqueña.

Expondré las razones en que me fundo para hacer la afirmación antecedente.

Un mes después de haber publicado mi folleto. «Por el Bien de Nuestros Niños» recibí - procedente del progresista pueblo de Manatí—una carta interesantísima y muy concienzudamente escrita, en la cual su autor (Sr. Basilio Vélez) me llama la atención diciéndome:

«Una de las causas del aumento de la criminalidad infantil se atribuye en el Norte al cinematógrafo, esto es. a la exhibición de vistas perturbadoras de esas tiernas imaginaciones. Al final de la página 17 de su ameritado folleto, no parece hallar usted explicación de la tentativa de suicidio de un niño. Recapítelo de lo que es capaz un cuadro vivo, de uno que en el lienzo se levanta la tapa de los sesos, y de un público que aplaude. Sobre esto escribí varios artículos en agosto del año pasado (1911) en «La Correspondencia,» titulados «La Criminalidad en Puerto Rico.»

Usted sabrá que en Nueva York existe una Junta Nacional de Censura para examinar las películas y autorizar su exhibición o negarla. El ayuntamiento ha prohibido la venta de entrada a niños, que no vayan acompañados de mayores. Aquí tiene usted una de las causas y remedio del mal que apunta.»

Más tarde (dos meses después) recibí otra carta de un inteligente y muy juicioso amigo mio, quien ejerce el profesorado en San Juan. En ella me habla clara e incontrovertiblemente sobre la desastrosa influencia de ciertas películas en el carácter de los niños. He aquí sus sabias consideraciones:

«En la mayor parte de las películas, sobre todo en las de vaqueros, se observa cierta tendencia en la humanidad hacia el crimen. Hay películas que revelan, de una manera inconcusa, cierto refinamiento en todas las clases sociales, para la producción de los crímenes más horribles. Las que más me molestan son las de vaqueros, en las cuales se ve a hombres y mujeres esgrimir cobardemente un cuchillo con la misma facilidad que se ponen un sombrero. Uno de los instintos que más rápidamente se desarrollan en los niños es el de la imitación, ya de lo bueno, ya de lo malo. Pues bien, yo he tenido la pena de ver a mis discípulos en los recreos imitando a los vaqueros (que yo llamo bandidos), tratando de esgrimir contra sus condiscípulos sendos cuchillos de madera bastante bien modelados. Esa es una influencia peligrosa, y me gustaría que tú estudiaras este asunto y publicaras algunas notas» (Nov. 24, 1912.)

Agradezco muchísimo a los dos ilustrados y generosos autores de esas cartas la abundante luz que han arrojado sobre una cuestión que hasta hace poco desconocía yo, debido a que rarísimas veces asisto a los cines. Por esta sencilla razón fué que yo no puse el cinematógrafo como una de las causas más poderosas (si no es la más poderosa) de la corrupción de los niños.

Pero hoy puedo agregar mi testimonio, contar mi propia experiencia; en una palabra, hablar por lo que he visto. El día 28 de noviembre fuí por vez primera a uno de los cines de esta ciudad, acompañando a dos señoritas y

una niña que tiene 11 o 12 años. Después de presentar las emocionantes películas de la vida y muerte de Jesús, exhibieron cinco más, de las cuales una sólo era de tendencia moralizadora. Tres representaban, a lo vivò, los escandalosos incidentes del adulterio. La restante pertenecía a las pomposamente anunciadas *Sensacionales Cintas de Vaqueros*, en la cual aparecía el hijito de una tabernera rompiendo una botella sobre la cabeza de un asesino, a quien la madre trataba en vano de matar con un revólver. Cuando el muchacho derribó al vaquero, la gente exclamó entusiasmada, diciendo más o menos: «¡Qué muchachito más valiente!» ¡Así es como se hace!

Mientras un gran grupo de espectadores de escasa cultura moral, intelectual y social celebraban, con marcadas manifestaciones de satisfacción, los besuques y otras desverguéjazas de los adúlteros y elogiaba la atrevida agresión del niño, yo observaba, meditabundo y triste, otro grupo bastante numeroso compuesto de niños que contemplaban aquellas desmoralizantes escenas de lujuria, de refinada hipocresía; de hábiles latrocinios, de sangre criminalmente derramada, etc.

Y entonces comprendí, mejor que nunca, el peso que tienen las opiniones del culto caballero de Manatí y el filantrópico maestro de San Juan. Y entonces resolví, con más decisión que nunca, emprender una campaña en pro de la moralización de los espectáculos públicos, hoy tan fatalmente atractivos para la niñez de ambos sexos.

¡Cinco películas, y 4 de éstas inmORALES! ¡Y este es el mortífero veneno que, con el hipócrita nombre de diversión, se infiltra, noche tras noche, en la generación que sube, la que ha de sucedernos en las luchas por el progreso humano y el bienestar de nuestro país! ¡Que horroroso es su porvenir!

Y pensando en esto, salí muy triste y muy contento: triste, porque me persuadí plenamente que el cine, tal como está hoy en Puerto Rico, es uno de los focos más poderosos de corrupción infantil y juvenil; contento, porque en aquellos momentos ví muy claramente el dedo de Dios señalándome el camino espinoso del deber de velar por el bien de la niñez. Y nada hay que exalte más mi alma que laborar en favor de los explotados, de los ignorantes, de los menospreciados y de lo débiles.

Y en esta hora negra en que se quiere comerciar hasta con la conciencia de los que merecen todo nuestro amor y tienen derecho a todos nuestros cuidados, yo me coloco en la elevada barricada del deber augusto, para pelear la buena pelea, el combate sacrosanto de la justicia y de la compasión, de la pureza y del progreso, de lo presente y de lo porvenir.

Y en este honroso puesto me siento grandemente feliz y confiado, porque tengo la certeza consoladora de que Dios me aprueba y mi pueblo me secunda.

Continuaré hablando.

*Abelardo M. Díaz.*

Caguas, P. R. Diciembre, 1912.

## Nuestro Grabado

Con sumo gusto engalanamos hoy la portada de nuestro periódico con el retrato de nuestro querido hermano Rev. M. E. Martínez, de Cabo Rojo, a quien ya nuestros lectores conocen por sus artículos publicados en este periódico como también en el Puerto Rico Evangélico. Este joven hermano, quien hace poco tiempo fué graduado en el seminario teológico de Mayagüez, forma parte del ministerio Evangélico en esta isla, perteneciendo a la iglesia Presbi-